

Toco madera

Intro—Extracto

Luisa Futoransky y Lucía Iglesias Kuntz

Somos descreídas que a sabiendas nunca pasamos bajo una escalera, evitamos los gatos negros y tocamos madera para preservarnos de desastres que, por medios tan económicos e infalibles, evitamos que sucedan.

Si nos espera conducir algo importante en la jornada evitamos empezarla bajando de la cama con el pie izquierdo.

En nuestros bolsos no falta la cintita roja.

Como todo el mundo, estamos atestadas de palabras claves y ritos secretos y públicos que nos hacen de escudo ante eventuales fracasos.

Un muestuario, un catálogo de “locuras” de este tipo forma también parte de nuestra vida coti-diana. La nómina es larga, tenaz y persiste pese a todos los avances tecnológicos. Una humorada de Tristán Bernard (1866–1947): “No soy supersticioso, tengo miedo de que (serlo) me traiga mala suerte”.

Así, de la ciudad al campo y viceversa fluyen las costumbres y ritos propiciatorios, que en el fondo quieren tan solo domesticar el azar y la imprevisión.

Esa tela invisible nos cierne y nos contiene. Y aún se enriquece con nuevos puntos, pues a los que heredamos de nuestro entorno familiar se van sumando los que vamos adquiriendo, esa trama de luz y de sombra, de permitidos y prohibidos, de estrellas fulgurantes y otras más sombrías que constituye nuestra vida, todas las vidas.

Hablando de tramas, una de las creencias y sus objetos representativos adoptados en forma más o menos reciente y de aceptación global es la del atrapasueños o *dream catcher*, de la cultura de los indios ojiva, hopi y zuñi de América del Norte. Como los antiguos griegos, también creen que el “alto don del sueño” es el mayor de los regalos. Los indios materializaron esta afirmación en un delicado aro de madera en cuyo interior entretrejen una tela de araña. Por sus intersticios partirán nuestros buenos sueños para materializarse y las pesadillas quedarán atrapadas hasta que la luz del día las disuelva y jamás vuelvan a perturbarlos.

Qué más podemos, a modo de introducción, augurar a los lectores: un arco tendido, de amanecer a amanecer, de buenos días a buenos sueños. Vasto y ambicioso programa.

Cómo empezó este cuento

En general, por darle un nombre, tildamos de ritos y supersticiones irracionales a cuanto suele ser un resto imborrable de cultos y creencias yuxtapuestas que al menos en parte no cedieron a la cultura predominante. Así fue el caso de longobardos, hunos, eslavos y pueblos nórdicos ante el cristianismo. Convicciones que los que se van imponiendo califican en los otros de “creencias bárbaras o primitivas” y prohíben en forma arbitraria, obligando a que se adhiera a ellas a hurtadillas y se magnifiquen con la prohibición.

Un ejemplo: Calvino y Lutero consideraron supersticiones las prácticas de los católicos y para éstos la nómina de quienes hubo o hay que erradicar por brujos, herejes, apóstatas, o apenas “desobedientes” es demasiado larga, tristemente larga, como para enumerarla.

Preferimos emplear, siempre que podamos, la palabra creencias para no excedernos en el empleo del término superstición debido a su contexto de extrarradio, de peyorativo, con el que incluso el pensamiento laico desestima las convicciones populares.

Religiones establecidas y pensamiento racional suelen aliarse para condenar esa amplia gama de convicciones que entran en el ámbito de lo imaginario y van de todas las formas de la astrología a los métodos adivinatorios más singulares, de la amplitud del conocimiento esotérico, ocultista, a lo puramente fantástico.

Y sin embargo, esas napas culturales, esos ritos sombríos, muchas veces persisten y con fuerza, en el mundo de alta tecnología y globalización de este primer tercio del siglo XXI.

El conjunto de actos, gestos no del todo claros que funcionan a diario en nuestro comportamiento social a los que púdicamente llamamos buena o mala onda viene de muy lejos. Evocan y provocan con fuerza imágenes sumergidas que ni la Historia, la de la hache mayúscula con su rechazo, ni la psicología, la antropología u otras disciplinas, ni siquiera los dogmas de la fe consiguieron desarraigar y hacerles un ostentoso funeral.

A mayor malestar social, mayor necesidad de que energías exteriores brinden un bálsamo a las dolencias físicas, existenciales y metafísicas. Y como males sociales y personales casi nunca faltan, es muy común atribuir los pesares a la mala suerte, al mal de ojo, a la yeta, es decir, a poderosas fuerzas negativas que, misteriosas, operan fuera de nosotros y nos fragilizan.

Con los años, creemos, fuimos avanzando, y antes de echar la culpa de algo que otros nos hicieron al mal de ojo o al destino, solemos detenernos a desmenuzar lo ocurrido analizando si más bien no se ha tratado de actos perpetrados por una de las peores plagas del mundo que nos tocó en suerte: la envidia. Y dentro de ella su peor variante: la zancadilla gratuita, porque contra ella, lo sabemos, no hay quien pueda.

A veces, vistos desde fuera damos la impresión de que ultramodernos, tecnológicos, racionales todos, juntos y revueltos, en realidad deambulamos a tientas en una gran estación de trenes. En este andén subimos a trenes de alta velocidad que nos acercan en pocos momentos a ciudades que antes tardábamos muchas horas, cuando no días, en alcanzar. En el de al lado trepamos como los personajes de *Harry Potter* a un universo de brujos, magos, hechiceros y odios tribales ancestrales.

Hay viajeros que “ pierden” u abandonan sus bagajes en los andenes, para embarcarse más “ligeros de equipaje”. Otros los pasan de contrabando. A algunos, en fin, los acompañan

a lo largo de sus vidas y los transmiten en herencia a sus descendientes. Algo parecido ocurre con la cultura que traemos puesta, la que intercambiamos donde vivimos y la que dejamos detrás fecundando a quienes nos siguen.

Para escribir estas páginas hemos dado vuelta a ritos, conjuros, hechizos del mundo entero. Desestimamos en buena parte los nefastos y revanchistas, porque sí creemos en el búmeran (el castellano es bien preciso: donde las dan, las toman). Y porque estamos casi casi seguras de que no hay deidades que se ocupen de contabilidades mezquinas tipo quitarle el amor a una para entregárselo liado de pies y manos a la vecina. Aunque las tragedias griegas con sus respectivos protagonistas parecen invalidar esta aspiración de deseos. Encontramos, eso sí, una nómina larguísima de gestos propiciatorios, que definitivamente son los que más nos interesan, cada uno inscrito en su lógica más o menos racional. Relatamos algunos y dejamos de lado otros. Los ponemos a disposición de quienes nos acompañen en el camino que implica la lectura de estos textos para que cada quién haga con ellos lo que pueda y quiera. Y, si al menos cada tanto sonrén, buena parte de nuestro modesto objetivo estará más que logrado.



Consider donating to *Confluencia*

Checks to the *Confluencia* fund can be made out to the Colorado State University Foundation. Donors are advised to mark in the memo line or via an attached note that it should be directed to the Confluencia fund (089153). Our mailing address is as follows:

c/o María del Mar López-Cabral
CSU Foundation
PO Box 1870
Fort Collins, CO 80522

For online donation and payment methods, please visit our [Give CSU webpage](#) and select “Confluencia” under Additional Designations.



Confluencia and the Department of Languages, Literatures, and Cultures is grateful for your support.